

— ¡Oh! ¡Satanás! balbuceaba Ejjoff rechinando los dientes.

Tomás levantó con precaución la cabeza del almohadón. Ejjoff exhaló un profundo suspiro y tendió de nuevo la mano hacia la botella... Tomás propuso entonces con suavidad:

—Vamos al restaurant... No es tarde...

Ejjoff le miró y soltó una carcajada extraña. Después, levantándose, dijo á Tomás:

—Vístete...

Ante los movimientos lentos y poco hábiles de Tomás, se irritó impaciente y enojado:

—¡Muérete! ¡Tonto de capirote! ¡Bruto simbólico!

—¡Déjate de injurias! le respondió Tomás con sonrisa conciliadora; ¿merece eso una mujer que no te ha dicho más que tonterías?

Ejjoff le miró, escupió y se echó á reir con risa estridente...

### XIII

—¿Estamos todos? preguntaba Iliá Efmovitch Kononoff, de pie en la proa de su nuevo barco, mirando con los ojos radiantes de alegría á la muchedumbre de invitados. ¡Creo que todos han llegado!

Volvió hacia el capitán su enorme cara roja, radiante de satisfacción, y dijo:

—¡Partamos, Pedro!

—Bien...

El capitán quitóse la gorra, descubrió su abulta-

do cráneo calvo, se santiguó; después examinó el cielo, acarició su hermosa barba negra y ordenó:

—¡Atrás!

Todos los invitados, atentos á los gestos del capitán, habían hecho varias veces la señal de la cruz, quitándose los sombreros, lo que produjo el efecto de un vuelo de aves negras pasando por el puente.

—¡Vamos, con la ayuda de Dios! exclamó Kononoff lleno de emoción.

—¡Babor, avante! ordenaba el capitán.

El inmenso barco *Iliá Murometz*, exhaló enorme bocanada de humo blanco, y sin esfuerzo, majestuoso como un cisne, se puso á remontar la corriente.

—¡Qué arranque! dijo uno de los invitados con admiración.

Era Lobo Grigorievitch Reznikoff, un hombre alto, delgado, de aspecto respetable, consejero en la Cámara de comercio.

—¡Ni la más mínima sacudida! Es como una señorita que baila.

—¡Velocidad media!...

—¡Este no es un barco... es un sueño! suspiró piadosamente Efm Zuboff, el macero de la catedral, primer usurero de la ciudad, hombre encorvado y desfigurado por la viruela.

El día estaba pesado. El cielo cubierto de nubes grises, se reflejaba en el río y le daba un tinte metálico. Airoso, reluciente, el barco bogaba sobre la larguísima sábana donde el reflejo de sus colores frescos proyectaba una mancha clara y alegre. Lanzaba hacia el cielo una columna de humo negro que no se disipaba y formaba poco á poco, por encima de él, como una nube sombría. Enteramente pintado de azul, con una chimenea rosa y las ruedas de rojo vivo, avanzaba con facilidad, partiendo el agua y rechazándola hacia las orillas. Los cris-

tales de los tragaluces relucían como espejos y parecían sonreír alegremente...

—¡Señores! exclamó Kononoff, sombrero en mano, ahora que dimos á Dios lo que era debido, demos al César lo que es del César. ¡Músicos!...

Y sin esperar respuesta, sirviéndose de su mano como de un portavoz, gritó:

—¡Adelante la música! tocad *La Gloria*.

La orquesta militar, oculta tras la máquina, dejó oír las primeras notas de la marcha.

Macario Bobroff, el director-fundador del Banco del comercio del pueblo, tarareaba con agradable voz de barítono, marcando el compás sobre su enorme vientre:

—Gloria, gloria á nuestro Czar de Rusia, ¡ta-ra ta! ¡bum!

—¡Señores, á la mesa! ¡Sirvanse pasar! ¡A comer! ¡ja! ¡ja! ¡hacedme esta merced!

Eran una treintena: la flor de la sociedad comerciante de la población, todos gente de posición. Los más ancianos, calvos ó canos, llevaban levitas anticuadas, gorra y botas altas. Pero estos eran poco numerosos. Los sombreros de copa, los botines y los trajes á la moda formaban la mayoría. Todos estaban en la proa del barco y sólo á su pesar cedían á las invitaciones reiteradas de Kononoff.

En la popa, bajo una tienda de campaña, estaba puesta una larga mesa, cubierta de entremeses. Lobo Reznikoff avanzaba de bracero con Maiakín. Inclinado hacia él, le decía algo al oído y Maiakín escuchaba con una leve sonrisa.

Tomás, que á ruegos de su padrino tomaba parte en esta solemnidad, no veía ningún amigo entre todos aquellos individuos que le eran antipáticos, y estaba alejado, triste y pálido. Días antes se había emborrachado de un modo abominable en compañía de Ejóff y estaba indispuerto. Se sentía á dis-

gusto en este núcleo de individuos de buen porte y excelente humor; el sonido de las voces, el rumor de la música, el estrépito de las ruedas, todo le molestaba.

Sentía la imperiosa necesidad de beber un poco para reponerse, y el deseo de saber por qué su padrino se mostrara tan amable con él, llevándole á aquella reunión de los más ricos comerciantes, le llenaba de curiosidad. ¿Por qué había insistido tanto por decidirle, llegando hasta suplicarle viniese á esta comida y al *Te Deum* de Kononoff? Tomás recordaba toda la conversación con su padrino.

—¡Vamos, no seas tonto, ven! ¿Por qué eres tan huraño? El carácter cada cual lo recibe de la naturaleza, y en cuanto á la riqueza, hay pocos que puedan rivalizar contigo... Es necesario mantenerte en tu espera, ¡ven!

—¿Para cuándo la discusión seria, papá? ¿Cuándo hablaremos de negocios? preguntaba Tomás, siguiendo, en el rostro de Maiakín, el juego de sus ojos verdes.

—¿Hablas de tu libertad? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Hablaremos, amigo. ¡Eres original! ¡De modo que te harás monje, después de haber abandonado tus bienes, á ejemplo de los santos y los ermitaños! ¿eh?

—Veré, respondió Tomás.

—¡Bueno! ¡Por de pronto, partamos! Prepárate pronto. Lávate esa cara con un trapo mojado: ¡está abotagada! y coge en el tocador de Liuboff un poco de agua de Colonia porque hueles á taberna! ¡Es horrible!

Habiendo llegado al barco cuando empezaba el servicio divino, Tomás estaba en una de las bandas. No había quitado ojo de los comerciantes durante la misa. Todos guardaban un silencio religioso; sus semblantes expresaban el recogimiento y la piedad; oraban con fervor, suspiraban inclinándose

hasta el suelo y elevaban al cielo dulces miradas. Tomás miraba ya al uno, ya al otro, y se acordaba de las historias que corrían acerca de cada uno de ellos.

Lobo Reznikoff: éste empezó como gerente de una mancebía y se ha enriquecido súbitamente. Se decía que había estrangulado á uno de sus clientes, rico propietario de Siberia.. Luboff se ocupaba en los primeros años en comprar cáñamo á los campesinos; había quebrado dos veces... Kononoff había sido perseguido, veinte años antes, por incendio voluntario y estaba procesado por corrupción de menores. En esta acusación estaba también implicado Zachar Robustoff, rico comerciante regordete, de cara redonda y de alegres ojos azules. Era la segunda vez que le acusaban por tan feo motivo... Entre estos individuos, Tomás no veía ninguno sobre cuya conciencia no pesase algo. Y sabía que todos tenían envidia á Kononoff, que, cada año, aumentaba el número de sus barcos. Sabía también que varios estaban á matar con él, que no se tenían lástima en el terreno del negocio y que ninguno de ellos ignoraba las acciones malas y deshonrosas de los demás... Pero en este momento todos estaban al lado de Kononoff y parecían fundidos en una sola masa compacta que vivía y respiraba como un solo hombre. Silenciosos y graves estaban todos allí, rodeados de algo invisible, pero impenetrable, que parecía rechazar á Tomás é intimidarle al mismo tiempo.

«Bellacos!» pensaba él para darse valor.

Sin embargo, ellos tosían levemente, suspiraban y se santiguaban, se inclinaban y rodeaban al clérigo como un muro viviente, inmutables y firmes, parecidos á enormes piedras negras. «¡Mienten!» se decía Tomás en tanto que á su lado el jorobado y tuerto Pavlín Gutchin, que acababa de despojar á

los hijos de su hermano loco, murmuraba con aire contito, elevando al cielo su ojo único:

— «¡Apiadaos de mí, Dios santo, en vuestra misericordia infinita!

Y Tomás comprendía que aquel hombre imploraba á Dios con toda su alma y que estaba poseído de una fe inquebrantable en la misericordia divina.

— «¡Dios, Señor nuestro! Tú, que ordenaste construir el Arca, salvando al mundo de la destrucción, protege á este barco...» salmodiaba con voz fuerte el sacerdote, elevando al mismo tiempo sus miradas al cielo. «Dios todopoderoso, dale por escolta tus ángeles, que le proporcionarán la paz y la seguridad y dignate extender tu protección sobre todos los que lleva...»

Los traficantes se persignaban á un mismo tiempo con noble ademán y sus rostros expresaban un sentimiento idéntico: el de la eficacia de la plegaria.

Todas aquellas imágenes se habían grabado en el cerebro de Tomás y había excitado su atención hasta el último grado. Se preguntaba cómo aquellos hombres, animados de tan hermosa confianza en la misericordia divina, podían ser tan despiadados hacia sus semejantes. Les vigilaba con atención, desecso de sorprenderles en flagrante delito de mentira y de hipocresía.

Se sentía irritado de ver su solidaridad, aquella seguridad unánime en sus fuerzas; irritado de ver sus rostros triunfantes y oír sus conversaciones estrepitosas, sus risotadas.

Todos acababan de sentarse á la mesa y miraban con avidez los entremeses que la cubrían y el inmenso esturión de dos metros de largo colocado en el centro, adornado de verdura y de gruesos canchales. Trofim Zuboff anudaba su servilleta alrede-

dor del cuello y miraba el pez monstruo con ojos atónitos, diciendo á su vecino el molinero Ion Iuchkoff:

—¡Iona Nikiforovitch! mira... una ballena. Te podría muy bien servir de estuche... ¿eh? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Te vendría como un guante, ¿eh? ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Iona, un hombrecito redondo, tendía la mano con mil precauciones hacia un cubo de plata lleno de caviar fresco, se limpiaba los labios y echaba miradas ansiosas hacia las botellas alineadas delante, que temía derribar.

Una media barrica de viejo aguardiente, traído á todo coste de Polonia, estaba colocado frente á Kononoff sobre un trípode. Una cubeta gigantesca, con aros de plata, contenía las ostras y por encima de todo se elevaba enorme pastel en forma de torre.

—¡Señores! ¡sírvanse, se lo ruego! Cada cual lo que guste, decía Kononoff. Lo he mandado poner todo sobre la mesa; cada cual escogerá... Platos rusos, nacionales y también extranjeros, ¡todo á un tiempo! ¡Así es mejor! ¿Qué desean? ¿Quién quiere caracoles ó mariscos? Se asegura que vienen de la India...

Zuboff decía á su vecino Maiakín:

—La plegaria para la bendición del barco no se aplica enteramente á un barco de comerciante ó á un remolcador, ó bien se aplica, pero resulta insuficiente... Un barco que hace el servicio de un río constituye la morada habitual del capitán y de los marineros, y por esto debe ser considerada como una casa... Sería necesario, por consiguiente, hacer la plegaria que se dice al colocar la primera piedra de un edificio, más bien que la plegaria para la bendición de un barco... ¿Qué bebes?

—No tengo costumbre de beber vino, sírveme

en cambio una copita de eckauer, respondió Maiakín.

Tomás se había sentado al extremo de la mesa, en medio de individuos desconocidos, modestos y tímidos, y sentía fija en él la mirada penetrante de su padrino.

«Tiene miedo de que cometa algún desaguisado», se decía.

—¡Amigos míos! atronaba la voz del enorme armador Iatchuroff; no puedo dejar indiferente el arenque! Debo empezar por el arenque... es una necesidad del cuerpo...

—¡Vamos, adelante la música! ¡Tocad la *Marcha Persa!*

—Espera. Es mejor *La Gloria del Señor.*

—¡Venga *La Gloria!*

El ronquido de la máquina y el estrépito de las ruedas se mezclaban los acordes de la música, formando un conjunto que recordaba el mugido del viento en una nevasca.

El silbido de la flauta, el canto gangoso de los clarinetes, las gruesas voces de los bajos, el tronar del tambor, se confundían con el rumor sordo y monótono de las ruedas que golpeaban el agua, flotando en el aire, cubrían las voces humanas y seguían al barco, como un huracán, obligando á las personas á gritar con todas sus fuerzas.

A veces la máquina hacía oír su silbido furioso, que ponía en el caos de los gritos, gruñidos y ruidos, una nota irritada y despreciativa...

—¡Lo que nunca te perdonaré es haber rehusado descontar mi letra! gritaba alguien con voz ronca.

—¡Basta! ¿Es acaso el momento de hablar de cuentas? suspiró con voz de bajo Zuboff.

—¡Amigos míos!... ¡es necesario pronunciar discursos!

—¡Silencio la música!

—Ven á mi banca, te explicaré porqué no te la desconté...

—¡El discurso!... Un poco de silencio!...

—¡Qué pare la música!

—Tocad el vals de...

—No, no, *Madame Angot*...

—Qué no, es inútil. Jacob Tarassovitch, todos te suplicamos...

—Eso sí que se llam un pastel Strasburgo...

—¡Te lo ruego, te lo ruego!

—¿Un pastel? No se parece pero... voy á probar un poco.

—¡Jarassitch, decidete!

—¡Amigos míos!... Se divierte uno, palabra de honor...

—Y en la *Bella Elena*, amigo, aparece casi desnuda!... chilló la voz aguda de Robustoff.

—¡Espera! Jacobo hizo ó no hizo traición á Esaú? ¿eh?

—No puedo, mi lengua no es un molino y ya no soy joven.

—¡Yasha! ¡todos te lo pedimos!

—¡Concedenos este honor?

—¡Te nombraremos alcalde!

—¡Tarasovitch! ¡no te hagas rogar!

—¡Silencio! ¡Jacob Tarasovitch vá á decirnos unas palabras!

—¡Chist!

En el silencio que se estableció en este momento, se oyó distintamente lo que sigue:

—Si supieses, amigo, lo que pica esa bribona...

—¿En qué sitio? preguntó Bobroff con su voz atronadora.

Una carcajada general acogió aquellas palabras, pero todos se callaron, pues Jacob Tarasovitch acababa de levantarse, había tosido, se había pa-

sado la mano por su cráneo calvo y reclamaba visiblemente la atención de los convidados.

—¡Amigos, seamos todos oídos! anunció Kononoff con satisfacción.

—¡Señores negociantes! empezó Maiakin sonriendo. Los instruidos y los sabios han introducido una palabra nueva en nuestra y lengua, esta es «cultura». Sobre esta palabra quiero disertar con toda la sencillez de mi alma.

—¡Miras altas! exclamó con satisfacción alguno.

—¡Chist! ¡Silencio!...

—¡Señores! continuó Maiakin con voz más fuerte. Los periódicos no perdonan ocasión de decir que nosotros los industriales somos refractarios á la cultura, que no la comprendemos ni siquiera la deseamos. Nos tratan de salvajes y de hombres incultos... ¿Qué es pues la cultura? Tales frases me han parecido inconvenientes á mí que soy un viejo y me he puesto á estudiar esta palabra: ¿Qué quiere decir en realidad?

Maikin lanzó una mirada circular comprendiendo á todos los invitados y continuó, recalcando las palabras, y con una sonrisa de triunfo en los labios:

—Según mis averiguaciones, esta palabra, que se deriva de culto, sólo significa adoración, es decir amor elevado, por el trabajo y el buen orden de la vida. ¡Bueno! me he dicho. ¡Comprendido! Y puesto que es así el hombre culto es el que ama el trabajo y el orden... que quiere de un modo general, organizar la vida, que ama la vida misma, conoce su propio valor y su precio... ¡Perfectamente!

Jacob Tarasovitch tembló; las arrugas de su fisonomía hicieron un surco desde sus ojos sonrientes hasta la boca y toda su calva cabeza tomó el aspecto de una estrella opaca.

Los comerciantes estaban suspendidos de sus

labios. Silenciosos é inmóviles, permanecían como clavados en los asientos donde les había sorprendido las primeras palabras del discurso de Maiakín.

—Y puesto que es así y es precisamente así como esta palabra debe ser interpretada, los hombres que nos tratan de incultos y de salvajes nos calumnian y nos injurian! Pues ellos no gustan más que de la forma y no del sentido, mientras que nosotros somos los fervientes de esta palabra en su verdadera acepción, gustamos de lo que constituye la esencia, amamos el trabajo! Somos nosotros precisamente los que poseemos el verdadero culto de la vida, es decir la adoración de la vida y no ellos. Ellos se dan á la discusión y nosotros á la acción... y hé aquí señores negociantes, un ejemplo característico de nuestra cultura, es decir de nuestro amor por el trabajo, éste ejemplo es el Volga! ¡Mirad, este río, nuestro querido padre, que nos alimenta! Cada gota de sus aguas es un testimonio en nuestro honor y protesta contra el insulto que se nos dirige... No han pasado más que cien años, señores, desde que el czar Pedro el Grande botó en nuestro río barcos y pontones, y hoy millares de barcos lo surcan en todos sentidos... ¿Quién, pues, los ha construido? El campesino ruso es un hombre sin instrucción. Todos esos vapores, esas barcas, ¿á quién pertenecen? ¡A nosotros! ¿Quien las concibió? ¡Nosotros! Todo nos pertenece, es fruto de nuestra inteligencia de nuestro ingenio y del gran amor que tenemos por el trabajo.

—¡Nadie nos ha ayudado! Hemos por nuestros recursos propios equipado milicias para destruir el bandidaje del Volga. Y cuando los hemos exterminado, hemos lanzado millares de barcos y vapores á lo largo del río. ¿Cuál es la ciudad más hermosa del Volga? Es aquella en la que los traficantes son

en mayor número... ¿A quién pertenecen las mejores casas de la población? Al traficante. Reune céntimo á céntimo y hace donaciones que se cifran por centenas de millares de rublos., ¿Quién ha construido las iglesias? ¿Quién contribuye más al Estado? ¡Siempre los traficantes señores! Sólo nosotros amamos el trabajo por él mismo, por amor á la organización de la vida en general. ¡Nosotros solos amamos el orden y la vida! ¡Déjemos, pues, hablar á los que dicen mal de nosotros! ¡Tanto peor! El viento sopla, el sauce gime, ¡el viento cae, el sauce queda perenne! No se hacen de él ni escobas, ni varales; es un árbol sin utilidad. De ahí su agitación... y ellos, nuestros jueces ¿qué hacen para embellecer la vida? Nadie lo sabe. Nosotros, al menos tenemos nuestras obras que hablan por nosotros. ¡Señores negociantes! saludo en vosotros á los hombres, que, en la vida, tienen el primer puesto, los hombres más laboriosos que practican su trabajo con amor y que han hecho todo y pueden hacerlo todo. Con todo mi corazón repleto de estimación y de afección por vosotros, leaoo mi vaso y bebo por el valiente, grande, y laborioso cuerpo de traficantes rusos! ¡Qué Dios prolongue vuestros días! ¡Vivid para mayor gloria de nuestra madre la Rusia! ¡Hurrah... ¡ah!...

A este último grito, lanzado por la voz temblorosa de Maiakín, la asamblea experimentó un entusiasmo indescriptible y se produjo un estrépito ensordecedor. De todos los pechos de aquellos hombres corpulentos y gruesos, excitados por el vino y los brindis del viejo, partió al unísono un grito tan formidable que todo se conmovió y tembló en el vapor.

¡Jacob Tarasovitch, trompeta del Señor! gritaba Zuboff tendiendo su vaso hacia Maiakín.

Sin fijarse en las sillas que derribaban ni en las

botellas ó la vajilla que caía cuando empujaban la mesa, los comerciantes se apretaban alrededor de Maiakín, vaso en mano, radiantes de alegría, algunos con lágrimas en los ojos.

—Eh, ¿qué tal? preguntaba Kononoff á Robustoff sacudiéndole por el hombro. ¡Trata de comprender! ¡Son grandes palabras las que acaban de ser pronunciadas!

—¡Jacob Tarasovitch, deja que te abrace!

—¡Llevemos á Maiakín en triunfo!

—¡Venga la música!

—¡La marcha... *Persa!*...

—Nada de música... ¡al diablo la música!

—¡Nuestra música está ahí! ¡Eh! ¡qué cerebro el de Jacob!

—¡No es de gran estatura, pero sí de talento!

—¡Mientes, Trofim!

—¡Jacob! ¡Pronto vas á morir!... ¡Qué desgracia!

—¡Cuánto dolor dejarás! No te lo puedes imaginar!

—¡Qué funerales se harán!

—Señores! ¡Fundemos una obra que lleve el nombre de Maiakín! ¡Yo doy mil rublos!

—¡Silencio! ¡esperad!

—Señores! repuso Maiakín sacudido por un gran temblor, lo que aun nos coloca en las primeras filas de la vida y nos da la preponderancia en nuestro país es que somos... campesinos!

—¡Justo!

—¡Está bien! ¡Bravo, viejo!

—Nosotros somos verdaderos rusos y todo lo que proviene de nosotros es puramente ruso. En su consecuencia es lo que hay más utilitario, más justo y es lo que marca deber...

—¡Dos por dos son cuatro!

—¡Claro!

—¡Tiene la sabiduría de la serpiente!

—Y la dulzura...

—Del buitre... ¡ja, ja, ja!

Los traficantes se habían agrupado alrededor del orador en un círculo estrecho. Le miraban con ojos emocionados y no podían oírle hablar sin enternecerse. El rumor de las voces unido al ronquido de la máquina y al golpear de las ruedas en el agua, producía un estrépito que cubría la voz chillona del viejo. La excitación de los traficantes iba en aumento, sus rostros resplandecían de alegría y todos llevaban sus vasos hacia Maiakín; se le golpeaba en el hombro, se le empujaba, se le abrazaba, se le contemplaba con éxtasis. Alguno, en el paroxismo del regocijo, gruñía:

—¡La *Kamarinskaya!* ¡La danza rusa!

—Nosotros somos los que lo hemos hecho todo, gritaba Jacob Tarasovitch, indicando el río con un movimiento de su diestra. ¡Todo nos pertenece! ¡Hemos sido aquí los promotores, los creadores, los organizadores de la vida!

En aquel instante una voz fuerte, dominando todos los ruidos, resonó en medio del tumulto:

—¡Ah! ¡sois vosotros!...

A tales palabras siguieron insultos groseros pronunciados con voz sorda, pero potente y con acento de fría rabia. Todo el mundo las oyó al mismo tiempo y el silencio reinó de pronto. Todos buscaban con la mirada á quien les había insultado. Durante algunos segundos no se oyeron más que los suspiros de la máquina y el chirrido de las cadenas del timón.

—¿Quién nos insulta así? preguntó Kononoff frunciendo las cejas.

—¡Ay de mí! ¡no podemos conducirnos bien! suspiró Reznikoff afligido.

—¿Qué significan todas estas injurias extemporáneas y sin razón? ¿Quién ha hablado?

Los rostros de los comerciantes expresaban inquietud, curiosidad, irritación y todos se agitaban torpemente en sus sitios. Jacob Tarasovitch solo estaba tranquilo y aun parecía satisfecho de lo que acababa de ocurrir. De puntillas, el cuello extendido hacia adelante miraba el extremo de la mesa y sus ojos relucían como si hubiesen visto algo especialmente agradable.

—Gordeieff... dijo levemente Iona Iuchkoff.

Todas las cabezas se volvieron en la dirección que seguía la mirada de Maiakín.

Tomás se mantenía de pie, las dos manos apoyadas sobre la mesa. La fisonomía descompuesta por la cólera, los dientes apretados, mirando cara á cara en silencio á los traficantes, con sus ojos ardientes, de pupilas dilatadas. Su mandíbula temblaba, sus hombros eran sacudidos por un temblor nervioso y sus dedos crispados sobre el borde de la mesa se clavaban en el mantel en un movimiento nervioso.

Ante aquella actitud irritada y aquella expresión de fiera, el silencio se estableció de nuevo entre los comerciantes.

—¿Qué ocurre, por qué arrugáis así el entrecejo? preguntó Tomás, acompañando esta pregunta de infinidad de injurias.

—¡Está ebrio! dijo Bobroff, moviendo la cabeza.

—¿Para qué haberle invitado? murmuró levemente Reznikoff.

—Tomás Ignatitch! dijo Kononoff reposadamente. Es necesario tener formas... Si por casualidad... se va la cabeza... vete y acuéstate, amigo mío. Acuéstate, querido, y...

—¡Cállate! rugió Tomás devorándole con la vista. ¡Te prohibo hablarme! No estoy borracho, soy el

único que tiene completa su razón, aquí! ¿Has comprendido?

—¡Espera un poco! ¿Quién te invitó á venir? le preguntó Kanonoff palideciendo bajo la afrenta.

—Yo le he traído, dijo Maiakín.

—¡Ah! ¡Oh! entonces... es diferente... Dispénsame Tomás Ignatitch... Pero puesto que eres tu quien lo has traído, Jacob, tú eres el encargado de calmarle... De otro modo es imposible...

Tomás se callaba y sonreía. Los comerciantes no decían nada tampoco.

—¡Eh, Tomás! exclamó Maiakín. Deshonras una vez más mis canas...

—Padrino, dijo Tomás mostrándole los dientes. No he hecho nada, aun no es hora de sermonear... No estoy borracho, no he bebido nada, no hago más que escuchar... Señores comerciantes, ¿queréis permitirme algunas palabras? Mi muy estimado padrino ha hablado... escuchad ahora al ahijado...

—¿Para qué discursos? dijo Reznikoff. ¿Para qué hablar? Nos hemos reunido para divertirnos...

—Déjate de eso, Tomás Ignatitch...

—Bebe más bien...

—¡Bebamos!... ¡Ah, Tomás! ¡eres el hijo de un padre admirable!...

Echándose atrás é irguiendo su alta estatura, Tomás escuchaba, sonriente, aquellas palabras conciliadoras. Era el más hermoso y el más joven de todos los hombres allí reunidos. Su cintura elegante ajustada por la levita, se destacaba de la masa de cuerpos obesos y barrigudos. Su rostro moreno, sus grandes ojos, sus rasgos regulares, todo su aspecto vigoroso y sano contrastaba con los rostros colorados y ajados que tenía delante y en los que se leía en aquel momento la ansiedad y la perplejidad.

Sacó el pecho, apretó los dientes, desabotonó su levita y hundiendo ambas manos en sus bolsillos:

—Ya no es hora de cerrarme la boca por halagos y cumplimientos, dijo, decidido y amenazador. Escuchadme ó no escuchéis yo seguiré hablando á pesar de ello... No se puede expulsarme de aquí...

Hizo una señal con la cabeza, levantó los hombros y declaró tranquilamente:

—Pero si alguno intenta tocarme con la punta del dedo, lo mato. ¡Lo juro por cuanto más sagrado existe... mataré á todos los que puedan...

Un temblor comunicóse á la asistencia como una ráfaga de viento que pasa por un bosque. Murmullos de inquietud se dejaron oír.

El rostro de Tomás se obscureció, sus ojos se agrandaron.

—Aquí se ha tratado de la vida que habéis pretendido organizar, y se ha dicho que vuestra obra es justa y buena...

Tomás exhaló un profundo suspiro y paseó sobre los auditores una mirada de odio.

Todos tenían rostros extrañamente descontentos, como inflados.

Los traficantes se callaban y se unían más aun los unos contra los otros. En las ultimas filas alguno murmuraba:

—¿Con qué objeto dice eso? ¿eh?... Acaso comenta las Escrituras ó bien va á hablar de su propio caletre?

—¡Oh! ¡miserables! exclamó Gordeieff moviendo la cabeza. ¿Qué habéis hecho? No habéis organizado la vida, habéis hecho de ella una prisión... No es el orden el que habéis introducido, son cadenas que habéis remachado con las manos de los hombres. En vuestro medio no se respira, no hay movimiento, no se puede un hombre revolver. ¡Allí se perece! no sois más que asesinos... ¡Tenéis que comprender que si existís aun es sólo debido á la misericordia de los hombres!...

—¿Qué significa eso? exclamó Reznikoff indignado. ¿Iliá Efimovitch, qué es eso? Yo no quiero oír tales palabras...

—¡Gordeieff! gritó Bobroff ¡Ten cuidado! Lo que dices está fuera de sitio...

—¡Se pagan caros esos discursos! dijo Zuboff severamente.

—¡Silencio! rugió Tomás y sus ojos se inyectaron en sangre. ¿Acaso los cerdos tienen derecho á gruñir?

—¡Señores! dijo Maikín y su voz tranquila y odiosa sonaba desagradablemente como una lima que raspa hierro. No le toquéis... os lo suplico... no le contrariéis... dejadle gritar... eso le alivia... Sus palabras no os insultarán...

—¡Oh! ¡no! ¡gracias! exclamó Iuchtoff.

Smolín que se encontraba al lado de Tomás le murmuraba al oído:

—¡Cállese, amigo mío! ¿Ha perdido V. la cabeza? Van á...

—¡Déjame! respondió Tomás con firmeza echándole una mirada furiosa. ¡Vete al lado de Maiakín, lámele las manos, y ganarás sin duda algunos rublos!...

Smolín se puso á resoplar entre sus dientes apretados y se alejó. Todos los traficantes empezaban á dispersarse por el barco. Tomás sintió el golpe: habría preferido clavarles en sus sitios con sus palabras y no las encontraba bastante fuertes...

—¡Decís que habéis organizado la vida! gritaba él; pero ¿quién sois? Una porción de bribones, de ladrones...

Varios se volvían como si se les hubiese llamado por sus nombres.

—¿Kononoff, te van á juzgar pronto á causa de la niña? Te verás condenado á trabajos forzados! adiós, ¡Iliá! Es bien inútil construir tan hermosos